

Brasil: rejuvenece la política, pero la crisis también

Newton, Carlos

Newton Carlos: Analista político brasileño. Columnista del diario Folha de Sao Paulo. Fue comentarista de televisión para la Red Bandeirantes. Corresponsal de diversas publicaciones latinoamericanas.

Con 82 millones de electores, incluyendo por primera vez jóvenes de 18 años y analfabetos, Brasil votó en elecciones presidenciales directas el 15 de noviembre y el 17 de diciembre de 1989, en primera y segunda vuelta. Hacía 29 años que los brasileños no escogían un presidente. El último fue Janio Quadros, en 1960, quien renunció siete meses después de tomar posesión, alegando que «fuerzas ocultas» impedían que él gobernase como quería. «Abdicamos de un mandato, pero no de nuestros ideales», dice hoy Janio Quadros, acusando al Congreso de la época de hostilizar su programa de «moralización y reformas». Existe la convicción histórica de que Janio, un populista de derecha, intentó golpear las instituciones. Como su vicepresidente, Joao Goulart, era mal visto por el establishment, el pedido de renuncia sería recusado y Janio regresaría «en los brazos del pueblo» con plenos poderes. Goulart ya había enfrentado un manifiesto militar y denuncias de que pretendía crear una «república sindical, estilo peronista», cuando fue ministro del Trabajo. Pero el Congreso actuó rápido, el pedido de Janio fue enseguida aceptado y el país entró en turbulencias (militares contra la asunción de Goulart, asunción que significó agudizar el enfrentamiento entre el parlamentarismo y el presidencialismo, guerra política provocada por las «reformas de base» propuestas por Goulart, etc.) que llevaron al golpe de 1964 y a 21 años de presidentes militares.

Recién llegados

El primer presidente civil de la «apertura» José Sarney, de la generación de políticos anterior a 1964, fue nominado indirectamente por un «Colegio Electoral», mecanismo establecido para garantizar la alternancia en el poder de los generales de confianza del Alto Mando. Ahora, dos jóvenes políticos de 40 y 44 años, posteriores a 1964, por fuera de los grandes partidos que parecían conducir la «transición a la democracia», polarizaron la disputa y obtendrían, el 17 de diciembre de 1989, 35 y 31 millones de votos. Diferencia de 2% para el ganador, o sea, dos votos de diferencia por cada 100.

De un lado Fernando Collor de Mello, 40 años, con pasantía por la dictadura (fue prefecto nombrado de la capital del pequeño Estado nordestino de Alagoas) y heredero de empresas de comunicación allí, llegadas por su padre, un ex-senador. Con eso, Collor de Mello nacido en cuna de oro en Río de Janeiro, la ex-capital, donde tuvo un primer matrimonio con casamiento millonario, llegó a prefecto y después fue elegido diputado y gobernador de Alagoas, tierra de su padre.

Su contendor, Luis Ignacio Lula Da Silva, 44 años, nació en el Nordeste miserable, desde donde emigró cuando era niño para Sao Paulo. Tornero mecánico, con uno de sus dedos de la mano izquierda perdido en el trabajo, Lula asumió la presidencia del sindicato de metalúrgicos de San Andrés, en el cinturón industrial de Sao Paulo, a comienzos de los años 70, y lideró las primeras huelgas contra la dictadura, a la cabeza de un «sindicalismo combativo». Se estaba formando en la línea del frente una nueva generación de dirigentes sindicales, en la que se mezclaban curas y militantes laicos de la Teología de la Liberación con grupos clandestinos de resistencia, ligados en el pasado a la lucha armada. De ahí surgió el Partido de los trabajadores, el PT.

Lula, electo diputado federal en el 86, con la mayor votación en todo el país, fue el primer trabajador con educación «formal» incompleta que disputó seriamente la presidencia de la República. En 1930 los comunistas habían lanzado un candidato decorativo, también obrero. El PT, ya con 41 prefecturas (alcaldías), incluyendo la de Sao Paulo, con 12 millones de habitantes, y las otras dos mayores ciudades de este Estado, que aporta el 60% del Producto Interno Bruto nacional, tal vez sea la única novedad importante en política partidaria latinoamericana, aún dominada por grupos tradicionales.

Pero ganó Collor de Mello, con una campaña millonaria (gastos calculados en 150 millones de dólares) y dura, apoyada simultáneamente en un discurso de ruptura con la «vieja política» y en un partido, el de «Reconstrucción Nacional», creado a su servicio. Se lanzó a la campaña con una bandera de ataque frontal contra un Estado «inflado e ineficiente», por la moralización de la vida pública, la misma que llevó a Janio al poder en 1960. «En este país sólo un ladrón de gallinas va preso y ello tiene que cambiar», decía Collor; él se proyectó nacionalmente como «cazador de marajás» (funcionarios públicos con prebendas y altos salarios) en Alagoas. «El fenómeno Collor parte del sueño de un pueblo a la espera de alguien que cambie todo lo que existe», escribió un conocido psicoanalista. Para un sociólogo, una «creciente movilidad política de la sociedad pasa por exigir del Estado mayor eficiencia, mayor justicia y mayor transparencia».

Tildado de derechista, por su status de millonario y su pasado de participación en la dictadura, Collor hizo toda una campaña insistiendo: «Soy un reformista cristiano y mi ideología es de centro-izquierda». Al final, desesperado con las subidas de Lula en las encuestas y el aparente agotamiento de su mensaje «moralizador», apeló a los ataques personales y al anticomunismo más primitivo. Ganó, en gran parte, como beneficiario del miedo provocado por Lula, no sólo en sectores considerables de la clase media, también en el electorado desinformado y de bajos ingresos, entusiasmado con su populismo al estilo Indiana Jones.

Ahora es necesario enfrentar la más severa crisis, jamás registrada en Brasil. Estancamiento del PIB per cápita en los últimos 10 años y caída de las inversiones. Inflación (casi 60% mensual en Río de Janeiro) al borde de la hiperinflación. Encuestas mostrando que todas las instituciones gubernamentales y empresariales están bajo desconfianza popular; un Estado en bancarrota, agravando una crisis de confianza en el sistema, que bloquea cualquier esfuerzo hacia la recuperación, mientras grupos privilegiados se apropian de recursos públicos (subsidios, incentivos, etc.).

Se envía al exterior, como pago de la deuda, el 4% del PIB. Inmensos bolsones de miseria y pobreza absoluta, condición en que vive más de un tercio de las familias brasileñas. Brasil está en una «ruta de catástrofe» y el desastre será inevitable si no ocurre un cambio de rumba. Es la conclusión de una de las instituciones brasileñas más activas en el campo del levantamiento del «potencial de turbulencias» del país, el Instituto de Estudios Políticos e Sociales (IPS). Fue hecha a base de «números sombríos» recolectados por órganos oficiales y privados, así como de organismos internacionales, como el Banco Mundial.

Barriles

«Las grandes ciudades se están transformando en barriles de pólvora», dice el IPS.

Uno de los indicadores más trágicos es la mortalidad infantil. El índice nacional es de 67 muertes por cada mil niños nacidos vivos. Pero en el Nordeste la media alcanza a 121, llegando en algunos Estados, como el de Paraíba, a 151, mayor que en la India y Bolivia, y muy por debajo de Etiopía. En Venezuela, al lado de Brasil, la media es de 37, y en China, entre los países de mayor población (como Brasil), el índice es de 35.

Son números que perturban el regocijo de las informaciones de que Brasil constituye la octava economía del mundo no comunista. Este año fueron lanzadas al mercado, con una cobertura oficial, estadísticas que dan cuenta de un séptimo lugar, desplazando al Canadá. Pero el ingreso per cápita de los brasileños es de 2.000 dólares, 1.000 por debajo de los venezolanos, y la distribución de la renta en Brasil es citada habitualmente como un «grave problema tanto coyuntural como estructural». Veinte por ciento (20%) de los más ricos se quedan con el 64,2% del ingreso y el 20% de los más pobres retiene apenas el 2,7%.

A partir de estadísticas como éstas, el Banco Mundial compone el siguiente cuadro: «El Brasil representa de hecho la octava economía del mundo no comunista, como registran los documentos oficiales, pero esa estadística no se agota allí. Es preciso considerar otros indicadores. En materia de ingreso per cápita, el Brasil está en 74°. Los indicadores sociales son un poco mejores. El Brasil ocupa el 48° lugar».

Son números que hacen recordar el grito de victoria de un ex-presidente militar, por el dinámico crecimiento del PIB (Producto Interno Bruto): «La economía va bien, pero el pueblo va mal» exclamó el ex-presidente y general Garrastazu Médici, ya fallecido -.

El IPS advierte que «crece el número de marginales en los grandes centros y el potencial de conflictos aumenta». A fines de siglo, Brasil deberá tener 170 millones de habitantes, según las proyecciones del Instituto de Planificación Económica y Social (IPEA), del Ministerio de Planificación. Esas legiones, de casi dos centenares de millones de personas, deberán concentrarse «mágicamente» en las áreas urbanas. Ocho de cada diez brasileños estarán viviendo en las grandes ciudades. Hoy la relación es de 7,4 por cada 10. Concentración ya enorme y en continuo crecimiento. «La bomba de explosión demográfica ya fue desactivada», dice Ana Amelia Camarano, técnica del IPEA, quien coordinó un estudio titulado «Siglo XX, a cuánto alcanzará y dónde estará la población brasileña».

A fines de siglo, la población urbana del Brasil habrá crecido en 54 millones; en el lapso de 20 años, sólo el Gran Sao Paulo habrá «absorbido» por lo menos 8 millones. La población de Río de Janeiro, ciudad en decadencia desde que la capital fue mudada a Brasilia, con graves problemas de violencia producidos en gran parte por los cordones de miseria localizados en las favelas, «habitat» de los migrantes marginales, podrá alcanzar 13 millones. De 14 millones que posee hoy la población de Sao Paulo, arribará al próximo siglo con 25 millones. «Si persiste ese ritmo, la

población rural brasileña se extinguirá en menos de 30 años». Es otra conclusión del estudio hecho por el IPEA.

En el viaje oficial que realizó antes de tomar posesión (EE.UU., Japón, Unión Soviética y varios países europeos) Collor trató de advertir que «el Brasil presenta índices alarmantes de analfabetismo, mortalidad infantil, saneamiento básico y mental». Puntualizó que cualquier «ajuste» o solución neoliberal, como la apertura de capitales extranjeros, prometida luego en los EE.UU. y Japón, tendrá que tener en cuenta «las responsabilidades sociales» y la necesidad de una política «socialdemócrata», ordenándole a su principal asesora económica (una mujer) garantizar que el Estado será «desprivatizado» y que «esta vez los trabajadores no pagarán el costo de la lucha antiinflacionaria».

Pero Collor, sin bancada parlamentaria propia, tendrá que recomponer su base en el Congreso con auxilio de fuerzas conservadoras. Las maniobras antes de la toma de posesión sólo conseguirán atraer a la izquierda, así como, y de manera vacilante, a partes del Partido Socialdemócrata Brasileño (PSDB), de centro-izquierda.

La nueva Constitución aumentó bastante los poderes del Congreso, y aunque el nuevo mandatario tenga un estilo agresivo y afirmativo, que lo ha llevado a decir que: «el Estado soy yo» y que «los brasileños votaron mágicamente por mi programa (no muy bien definido), y los señores parlamentarios tendrán que entender eso», la realidad no es tan simple como parece.